

rorosa venganza que estaba resuelto á ejecutar: la recapitulacion de los males que yo habia sufrido, la pérdida de mi muger, de mi hijo, de mis mas tiernos amigos, presentes todas estas cosas en aquel crítico momento en mi exaltada imaginacion, sirvieron para afirmarme en mi resolucion, y pronuncié estas palabras de César: *La suerte está echada*; y sentí adquirir mi espíritu nueva fuerza. Yo conocia perfectamente todas las vueltas de la casa, y sabia que el aposento de Teodorico tenia dos entradas: en la primera donde me presenté, que era una antecámara grande, vi una lamparilla sobre una mesa, y á el lado un hombre profundamente dormido: mi pri-

mer impulso fue matarle; pero al momento dejé esta idea con horror. ¿Qué me habia hecho este hombre? Yo no queria lavar mis manos sino en la sangre del culpable; por consiguiente trataba de tomar la otra entrada, y llegué sin trabajo hasta la biblioteca, que estaba contigua al dormitorio de mi tio.

La claridad de una bugía pasaba por el agujero de la cerradura: me quité los zapatos y el vestido; me avancé con las precauciones que toma un ladron nocturno, y aplicando la vista á la cerradura, distinguí perfectamente al monstruo sentado á la chimenea leyendo unos papeles: mi sangre se inflamó al verle, abrí la puerta y me

presenté á él con un puñal en la mano : cubrió su rostro al momento la palidez de la muerte , tembló , y reconociéndome al fin , exclamó : ¡Eres tú , Teodoro ! ¿Cómo hes entrado aqui ? ¿Qué intentas ? ¿qué quieres ?

¿Puedes ignorar mi designio , mónstruo inhumano ? exclamé yo . ¿Puedes creer que tantos crímenes permanezcan por mas tiempo impunes ? El cielo ha marcado esta noche como la última de tu criminal existencia . ¿Dónde está Elisa ? responde , ó te divido el corazon .»

Levántase viéndose ya amenazado , y juzgando probablemente que el ayuda de cámara que le hacia la guardia le habia vendido , coge una pistola de encima de la chimenea ,



B. G. loy.

*Ah Teodoro! merzco la muerte, mayor
es tu dolor que el mio. Eres mi víctima,
y por tu mano la providencia castiga mis
delitos.*

(113)

y azorado y balbuciente, retirándose al fondo del aposento, me dice: «Tiembla, retírate ó te mator: nada sé de Elisa; no está en mi poder: aléjate de mi presencia....»

— No, le interrumpí yo; pues quiero hacerme justicia y hacerla al mundo entero: ¡malvado, ser infernal! ¡tú has atacado mi existencia hasta en su origen: has asesinado á mi hijo, has deshonrado á mi muger, has perdido al jóven Hanson, has abierto con tus propias manos la sepultura de sus padres, has ultrajado á Dios, á la humanidad: no, no hai perdón, la muerte es poco aun para expiar tantos crímenes!»

En este momento se oyó una voz á la puerta: creí habrían des-

perado sus guardias, y no teniendo ya un momento que perder, me lancé precipitadamente á él; hizo fuego sobre mí, no me acertó, y al instante... le sumergí mi puñal en el corazón; cayó en una silla y espiró, despues de haber dicho con una voz débil: *Teodoro, me has muerto; lo merezco: mayor es tu dolor.*

Al momento se apoderó de mí un secreto horror: mi rostro y mi camisa estaban cubiertos de sangre de mi tío: me miré á un espejo y me estremecí al ver la imagen del asesino: tenia aun en mi mano el puñal ensangrentado; le oculté prontamente, no cuidando ya sino de ponerme en salvo, y temiendo que los criados no me die-

sen tiempo: antes de salir del cuarto miré sobre la mesa, y reconociendo la letra de Elisa, me apoderé de aquellos papeles, y me escapé por la escalera secreta de la biblioteca.

Me parecia estar sumergido en un sueño horroroso: tenia mi cabeza demasiado desconcertada para reunir mis ideas; la de huir de un sitio horrible ya para mí era la única en que podia detenerme, no por un sentimiento de temor, sino porque me parecia resonar á mis oídos por todas partes el nombre del asesino, y yo mismo huyendo repetia con horror: «Yo soi un asesino!»

Sostenido por mi delirio, corrí, ó mas bien volé un espacio de

veinte millas sin tomar aliento , y pasé dos rios á nado : fatigado en fin , sin fuerzas para continuar mi carrera , me senté para reposar un poco , y tratar de recobrar alguna calma. El dia empezaba ya á manifestarse , y ofreciendo un retiro la espesura de un bosque , me aproveché de aquella mansion de fieras hasta poder proseguir mi camino sin tanta esposicion. Entonces fue cuando yo empecé á meditar con un poco mas de serenidad sobre el partido que debia tomar , y que creí ser el mas prudente en las circunstancias en que me hallaba , decidiéndome á dejar la Inglaterra. Yo no dudaba que mi padre fuese el primero que me mandase buscar : sabia tambien que si po-

dia sustraerme á sus diligencias , estaria siempre en continuas alarmas ; que creeria ver á cada momento levantada sobre su cabeza la mano del asesino , y este principio de suplicio era bien merecido para que yo no mirase como justo el hacérselo sufrir. En fin , yo tenia aun un motivo para desear vivir ; no podia abandonar la esperanza de volver á ver á mi adorada Elisa ; debia consagrar el resto de mi vida al anhelo de buscarla , para darla , si era posible , alguna calma y consuelo en su desventura. La carta escrita por ella , y de la que me habia apoderado , no contenia sino reconvenciones , quejas y maldiciones ; pero no me instruia del parage de su retiro.

Cuando andaba fugitivo, después de haberme escapado de la casa de corrección donde me tenían encerrado, gozaba al menos de la paz del alma; pero entonces ya no existía para mí: una sombra, las hojas de un árbol me estremecían; y cuando Morfeo, hijo de la noche, pesaba sobre mis párpados, sueños espantosos turbaban mi imaginación. Teodorico, bañado en su sangre, se presentaba de continuo á mi vista, y el arrepentimiento de no haber dejado al cielo el cuidado de mi venganza, me despedazaba el corazón.

Pasé el resto del día en el centro del bosque, y por la noche me aventuré á llamar á la puerta de un labrador, á quien hice creer

que había sido robado, pero que felizmente me habían dejado en un bolsillo que no habían registrado, algunas monedas que me sirvieron para pagar la comida, un sobre-todo de lienzo burdo y unos zuecos que me vendió. Salí de su casa al amanecer, me oculté en un monte inmediato, y á la noche volví á ponerme en camino. Después de haber corrido cerca de tres millas, retirándome de los caminos frecuentados, y siguiendo las sinuosidades de un riachuelo, me hallé cerca de un antiguo castillo arruinado: una pobre muger anciana había formado allí su asilo, y vivía de pan y leche que la daban por caridad, y de berros que cogía de las orillas del arroyo.

Trataba de retirarme cuando la ví; pero ella me preguntó cuál era la causa de ir por aquel sitio; y el aire de bondad pintado en su rostro me animó á responderla: «Busco, la dije, algun alimento, porque habiéndome extraviado de mi camino, he andado mucho sin comer.

—Pues, señor, bien venido seais, respondió la buena muger; yo no tengo mucho que ofreceros; pero si teneis hambre, no dejareis de comer lo que pueda daros: seguidme y bajad la cabeza al entrar.»

Me agradó este aire de franqueza; entré en su pobre albergue, y me pareció excelente la comida que me dió. Estando este castillo mui retirado del camino, creí poder

descansar en él sin riesgo, y permanecí muchos dias, sin temor de que persona alguna pudiese sorprenderme. La pobre anciana me estaba diciendo continuamente, que la dejase ir al pueblo para procurarse mejor alimento para mí; pero yo temia que los mismos víveres que podia comprar, habian de despertar la sospecha.

Un dia despues de las doce me quedé dormido en un rincon del cuarto, y ella se habia salido por no turbar mi reposo: dos horas despues volvió á entrar, y me dijo: «Teodoro, ¿por qué dormís tanto tiempo?» Sorprendido de haber oido pronunciar mi nombre, abrí los ojos y los fijé en ella con inquietud.

«Nada temais, jóven; aunque se ofrezcan dos mil libras esterlinas al que os entregue al poder de vuestro padre, no venderé yo jamas la vida de uno de mis semejantes; pero vos no podeis permanecer mas aquí. ¿Cómo habeis podido haceros culpable de un crimen como el que se os imputa? Se dice, en verdad, que vos habiais perdido la cabeza, y que este atentado fue solo efecto de uno de vuestros raptos de locura.

— No, no, exclamé yo, mi juicio estaba enteramente cabal. Todo lo sabreis; pues veo que el asesino no puede sustraerse á la venganza del cielo, y á la justicia de las leyes.» La referí entonces todos mis trabajos, y cesó de con-

denarme: me dijo, que dos hombres que habia encontrado, la habian referido el asesinato de lord D...., de las indagaciones y requisitorias espedidas en persecucion del asesino, que se sospechaba ser su sobrino, y la recompensa prometida por mi padre al que me prendiese y entregase á él. Esta buena muger no habia maliciado al principio que fuese yo; pero volviendo á entrar en el cuarto donde yo dormia, habia visto un poco descubierto mi pecho, la finura de mi camisa, la blancura de mis carnes, y el retrato de Elisa con una cinta pendiente de mi cuello. Acordándose entonces de la historia que la acababan de referir, no dudó ya que yo fuese el pró-

(124)

fugo, cuya cabeza se habia puesto á precio; y á consecuencia de tan fundada sospecha habia pronunciado mi nombre para asegurarse, mirándome cuidadosamente á la cara, que debia confirmarlo siendo cierto. Permanecí aun algunos dias con mi bienhechora; pero habiéndose sospechado ya por algunos que me hallaba oculto en aquel castillo arruinado, me vi precisado á evadirme, debiendo solo á la activa vigilancia de aquella virtuosa anciana la fortuna de lograrlo.

No me detendré en referir los medios de que me valí para ocultarme y escapar de la justicia, ni los muchos disfraces de que á cada momento usé: frecuentemente debí solo á mi arrojo y travesu-

(125)

ra mi libertad, sabiéndome aprovechar al mismo tiempo con destreza del terror que habia inspirado mi nombre. A cada paso que daba, se turbaba mi vista al aspecto de los infinitos carteles de que estaban cubiertas las paredes con estas palabras por cabeza:

ASESINATO.

Dos mil libras esterlinas de recompensa.

Se ponian con tal exactitud todas mis señales, que me admiraba no ser conocido de todo el que me mirase: si yo veia que dos personas se hablaban al oido, imaginaba siempre que era de mí, y á ca-

da momento mudaba de color; el mas copioso sudor cubria mi rostro, y no cuidaba sino de alejarme de todos.

Aproximábame insensiblemente á Lóndres, donde esperaba sustraerme mas fácilmente á las diligencias que con tanta actividad se practicaban en mi persecucion: me proponia buscar allí los medios de espatriarme durante el tiempo suficiente para hacer olvidar la memoria de mi nombre y de mi crimen.

Durante este viage, y en el momento de estar oculto en un retiro casi impenetrable, fue cuando tuve la dicha de prestar mis socorros á vuestra hija: ella hacia vanos esfuerzos para rechazar los

ataques, semejantes á los que habian desterrado para siempre la paz de mi alma; y debeis juzgar cuánto temblaria cuando fui forzado á comparecer ante un tribunal numeroso.

Luego que llegué á Lóndres me proponia no permanecer allí sino el tiempo necesario para asegurar mi fuga á cualquiera pais; pero detenido por vuestra generosidad y por la nobleza de vuestros sentimientos, se abrió mi corazon por un momento al placer cuando pude decirme á mí mismo que habia hallado un hombre....

El cielo ha decidido que yo no tendria mas reposo que esperar sobre la tierra: su justicia persigue á un asesino: yo me resigno con

(128)

mi suerte. ¡Respetable Shechem!
¡Eva interesante! ¡quiera el cielo
que un sentimiento de compasión
disipe, si es posible, el horror que
debo inspiraros! Soi demasiado
desgraciado para no ser compade-

cido.

LIBRERIA DE NUESTRO TIEMPO

CAPITULO XI.

La lectura del manuscrito de Teodoro se habia ya concluido: Eva le habia vuelto á poner sobre la mesa. «¡Ah! dice ella anegada en lágrimas, y reprimiendo apenas sus sollozos, ¡mi loca pasión aumenta sus desgracias! ¿Pero por qué nos ha dejado? No debía suponerlos capaces de hacerle traición.

— Tampoco lo ha creído, hija mia, dice Shechem: semejante sospecha le hubiera impedido dejarnos este manuscrito: á mas de es-